

La nieve y antiguas celebraciones en la laguna de patinar del cerro de la Cruz



Por **Victor Hernández**
 Sociedad de Escritores de Magallanes

En los últimos años ha crecido favorablemente en la comunidad la preocupación por la preservación de los grandes humedales de Punta Arenas, en Tres Puentes, en el parque María Behety y en la laguna de patinar del Cerro de la Cruz.

La inquietud de científicos, estudiantes y grupos ecologistas por estos lugares, coincidió con el creciente abandono y deterioro que se observaba en los humedales; en particular, durante meses se habló y se trató en los medios de comunicación acerca de la sequía que afectaba a la laguna del Cerro de la Cruz o del Pudeto, como todavía le denomina mucha gente antigua de la ciudad.

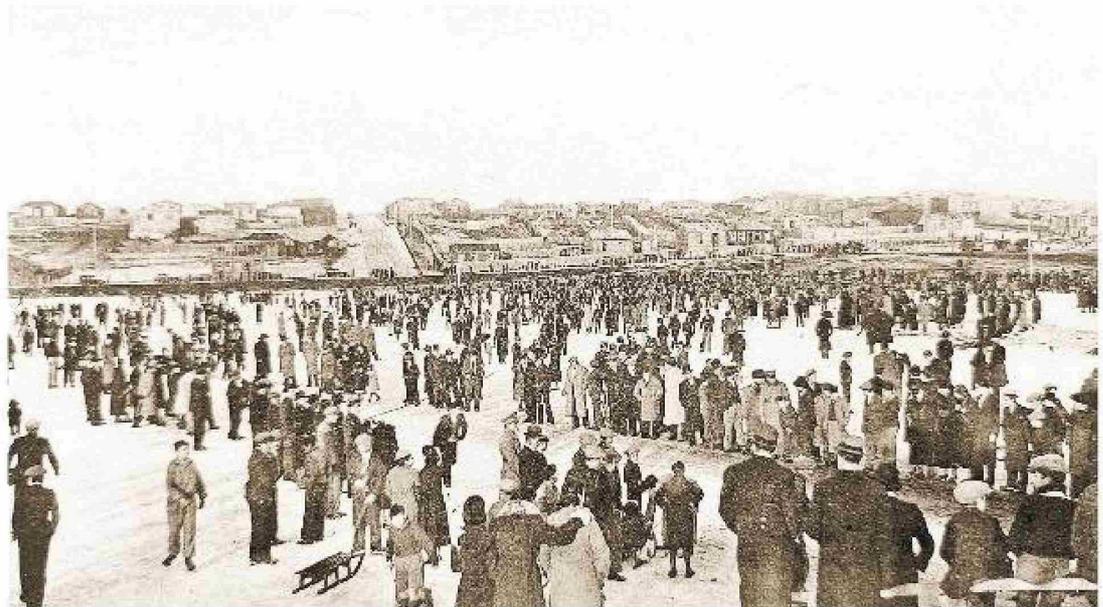
Hace algunas semanas, la ministra de Medio Ambiente Maisa Rojas, había anunciado personalmente, en visita a la región, el cuarto proceso de oficio para declarar como Humedal Urbano a la Laguna Pudeto-Cerro de la Cruz, que luego de las intensas lluvias del verano pareció recobrar su capacidad hídrica. Después de varias tratativas, este martes 18 de junio, se publicó en el Diario Oficial la resolución exenta N° 405/2024, que inicia el proceso de declaración de oficio por parte del ministerio de Medio Ambiente de la Laguna Pudeto-Cerro de la Cruz como humedal urbano.

Aguardando la nieve

En varias semblanzas nos hemos referido -muy al pasar ciertamente- sobre la nieve y de lo que significaba su aparición para nosotros, habitualmente en la primera quincena de mayo, según los recuerdos que guardamos de la niñez.

La lectura de libros antiguos, varios de los cuales citamos con frecuencia en nuestras reseñas dominicales, advierten que el frío era mucho más duro en tiempos pasados y que las primeras nevadas asomaban en abril.

A modo de ejemplo de lo que planteamos, en la página 490 del tomo II de su monumental obra "Censo general del Territorio de



Fotografía de la Casa Chávez, al fondo se ven las casas de calle Zenteno y alrededores del Cerro de la Cruz.

"Las autoridades concibieron celebrar la llegada del invierno con una gran demostración en la laguna y aunque siempre existieron esporádicos eventos en torno al humedal, suponemos que 1958 marcó el punto de partida de esta actividad que se repitió anualmente, por lo menos hasta 1969 cuando el club Andino auspició el festival folclórico de la Patagonia y las llamadas fiestas de la nieve, que consideraba la elección de una reina"

Magallanes", (1908) en el capítulo dedicado a la climatología de la región, el doctor Lautaro Navarro Avaría se refiere escuetamente a la nieve, donde asegura que variaba mucho cada año y que estaba íntimamente ligada con el éxito de la ganadería. El galeno entrega algunos antecedentes sorprendentes:

"En el año 1899 de nefasto recuerdo, hubo una capa de nieve de 102 centímetros. Conviene en general que haya varias nevadas repetidas de tiempo en tiempo para así tener agua en los meses de verano en los chorrillos y lagunas. El mes de las grandes nevadas es julio".

Recordemos que para la fecha que menciona Lautaro Navarro (1899) el agua potable todavía era una quimera en Punta Arenas, y si bien, las cosas han cambiado mucho desde aquel entonces, nos quedamos con una particular reflexión que entrega

en su tratado:

"Lo temible son las grandes nevadas a principios de invierno seguidos de largos períodos de temperatura baja que impide el deshielo. Entonces el pasto queda cubierto i falta el alimento a los animales por largo tiempo".

El periodista Manuel Zorrilla Cristi en el primer tomo de su obra "Magallanes en 1925", señala que "El clima de Punta Arenas es relativamente benigno, no habiendo temperaturas muy elevadas en verano, ni demasiado bajas en invierno". Con respecto a la nieve, tomando las mediciones y estadísticas de treinta años (1888-1924) del Observatorio Meteorológico Salesiano concluye, que el promedio de nieve caída anual es del orden de 36 centímetros.

En tanto, el sacerdote José Ré, quien estuvo durante varias décadas al mando de dicho observatorio, autor del fundamental

estudio "El clima de Punta Arenas", a propósito de la reedición ampliada de su obra en la Escuela Nacional de Artes Gráficas en Santiago en 1945, indicó que desde 1919 a 1940 la nieve caída en la ciudad varió con notables y desconcertantes diferencias.

"Sólo en seis años la nieve pasó de cincuenta centímetros y en nueve años no llegó a treinta". Después de recordar la terrible mortalidad de ovejas causada por la permanencia en el suelo de las nevadas de 1902, argumentó:

"En los últimos veintinueve años, el promedio anual de la nieve caída es de 39 centímetros. Si hemos de guiarnos a las cifras, se comprueba la opinión general de que hoy ya no cae tanta nieve como cincuenta años hace".

Sin ánimo de contradecir al padre Re, en la segunda mitad del siglo XX se recuerda la gran nevada de julio de 1958 en que Punta Arenas, quedó "aislado del mundo" por varios días. Se interrumpieron las comunicaciones telefónicas y telegráficas, se paralizó el servicio aéreo y marítimo. Las entonces modestas poblaciones 18 de Septiembre y Playa Norte, sufrieron especialmente las inclemencias del mal tiempo; mientras la primera quedaba sepultada debajo de la nieve, la segunda sufría el estrago de las frías olas del estrecho que inundaban hasta la calle Jorge Montt.

Otro momento dramático se vivió en agosto de 1995 con el llamado terremoto blanco que afectó principalmente a miles de familias y al rubro ganadero, que lamentó la pérdida de la cuarta parte de la dotación ovina de la región.

Pese a estas desgracias, la mayoría de la gente espera con expectación la llegada del invierno y de las nevadas. De repente, proliferan las carreras en trineos y las competencias para hacer figuras de hielo, los tradicionales monos de nieve que aparecen por todos lados.

Esta es una idea que cobra sentido y que podemos entrelazar con recuerdos de nuestro retorno a Magallanes el 2000, luego de una ausencia de la región de doce años. De la época del liceo, están todavía frescos en la memoria las improvisadas competencias que se hacían en trineos, algunos adaptados especialmente para la ocasión. Era común que los participantes se deslizaran de cerro a playa por las Avenidas Colón o Independencia, y desafiando o ignorando el ya congestionado tránsito vehicular de la época, niños y jóvenes arremetían con todo por la victoria.

Esto es lo que sucedía habitualmente, en el centro de la ciudad, pero en los sectores más populares y humildes de Punta Arenas el entusiasmo por la llegada de la nieve era mucho

mayor; en las terrosas y conge-
 geladas calles del barrio 18 de
 Septiembre, alrededor del vie-
 jo zanjón del río de la Mano, o
 en Playa Norte, en la bajada de
 tierra que había en Manantiales
 hacia el mar grisáceo y espumo-
 so que parecía esconderse de-
 trás de unas precarias casitas de
 madera ubicadas al borde de un
 barranco. En todos los sectores
 de la ciudad se repetía el mismo
 cuadro como, asimismo, en las
 capitales provinciales o en las
 comunas rurales: contrariamen-
 te a lo que se cree, la llegada de
 la nieve significaba que las per-
 sonas salían a la calle a verse, a
 juntarse, a compartir. Se podía
 encontrar en las calles a gentes
 de todas las edades.

De algún modo aquella prácti-
 ca de reunirnos al aire libre para
 compartir, jugar y divertirnos,
 se institucionalizaba en el par-
 que María Behety o en la laguna
 de patinar del cerro de la Cruz, o
 del Pudeto, como porfiadamen-
 te señalaban algunos, incluido
 mi padre. Cuando éramos niños
 percibíamos, por el nivel de or-
 ganización de los comensales,
 que las diversas competencias
 individuales y por equipos, que
 se celebraban en esos espacios
 eran muy anteriores, a nuestra
 llegada a este mundo. Esta im-
 presión era todavía más fuerte
 cuando pasábamos por la laguna
 de patinar del Cerro de la Cruz. A
 veces, a la medianoche, se podía
 contemplar a niños, o a parejas
 de jóvenes y adultos, bien abri-
 gados realizando sus juegos de-
 portivos o recreativos.

Ya de adulto, en el retorno a
 Punta Arenas, tenemos graba-
 dos pasajes inolvidables en la
 memoria, que saben a noches
 eternas en la casa de calle Fag-
 nano 133 del entonces presiden-
 te de la Sociedad de Escritores
 de Magallanes, el amigo Dinko
 Pavlov Miranda. ¡Cuántas ve-
 ces cruzamos por calles Arauco
 o Patagona en busca del domi-
 cilio de Pavel Oyarzún, quien
 vivía en Angamos esquina gole-
 ta Aneud, en la casi centenaria
 población Magallanes, en una de
 las primeras casas de tipo social
 construidas en "albañilería de
 ladrillos", como diría el recono-
 cido arquitecto Dante Baeriswyl
 Rada.

Es imposible olvidar una esce-
 na en pleno invierno de julio de
 1999 con abundante nieve y es-
 carcha. Un grupo de escritores,
 entre los que se contaba quien
 redacta estas líneas, unidos en
 la amistad férrea que prodiga el
 dios Baco, alrededor de las cua-
 tro de la madrugada caminá-
 bamos envueltos por los altos de
 calle Patagona en busca
 de la casa de Pavel. A la izquier-
 da, de improviso en medio de
 la oscuridad, surgió radiante,



Fotografía de la Laguna de Patinar tomada a principios de siglo XX por la casa Franciscovich.

luminosa, la laguna de patinar
 del Cerro de la Cruz como una
 novia en fiesta, completamen-
 te blanca. No hacía mucho que
 habían concluido las habitua-
 les competencias de trineos y
 nos hicimos la misma pregunta:
 ¿Desde cuándo la gente utilizaba
 la laguna como un lugar de en-
 cuentro?

Una antigua práctica

Distintos testimonios escritos
 y fotográficos, indican que el lu-
 gar era frecuentado ya a fines de
 siglo XIX. Por de pronto, antes
 de comenzar el capítulo sobre
 climatología, en el ya menciona-
 do "Censo general del territorio
 de Magallanes", Lautaro Navarro
 incorpora una fotografía pre-
 sumiblemente tomada en 1906,
 que muestra a varias parejas, las
 que parecen divertirse en el lu-
 gar. La imagen viene acompaña-
 da de la leyenda: "Patinando en
 las lagunas del cerro de la Cruz".

A su vez, el profesor de histo-
 ria, geografía y educación cívi-
 ca, Ernesto Fernández de Cabo
 Arriado, -golfista destacado y
 consumado filatelista, ademá-
 s-, nos compartió algunas
 reproducciones que muestran
 distintos momentos de la lague-
 na de patinar captados por im-
 portantes fotógrafos instalados
 en Punta Arenas en las primeras
 décadas del siglo XX. El mismo
 Fernández de Cabo en la página
 25 de su libro, "Magallanes Golf
 Club: 100 años de historia 1917-
 2017" asegura que los inicios de
 esta práctica deportiva se rem-
 ontan a un lugar ubicado en la
 parte alta de la ciudad en los
 alrededores de la mítica laguna:

"Si bien la fecha de fundación
 del Magallanes Golf Club fue el 8
 de octubre de 1917, el golf había
 comenzado a ser practicado en
 Punta Arenas con anterioridad
 a esa fecha por un grupo de re-
 sidentes británicos, quienes se
 reunían desde el año 1905 en
 una pequeña cancha de 6 hoyos

que se encontraba ubicada en las
 inmediaciones de la Laguna de
 Patinar, a la cual denominaban
 "Cuartel de Policía", ubicada de-
 trás del Cerro de la Cruz, en las
 cercanías de una laguna de pe-
 queñas dimensiones".

La literatura también se ha
 empeñado en recrearnos el fan-
 tasmagórico lugar. El escritor
 José Grimaldi Acotto publicó en
 1933 el libro de poemas "Humo
 azul" que incluye la composi-
 ción "Laguna de Patinar". Tiem-
 po después, (1975) el mismo au-
 tor editó una antología titulada
 "Poemas de nuestra tierra", que
 lleva una presentación del pro-
 fesor de castellano Julio Ramírez
 Fernández, quien, al parecer,
 tuvo mucha incidencia en la
 elección de los poemas, como
 se desprende del siguiente co-
 mentario: "De Humo Azul se-
 ñalamos 'Laguna de Patinar',
 porque, ¿hay algún magalláni-
 co que no haya suspirado por su
 querida Laguna?"

Otro escritor puntarenense,
 Nicoló Gligo Viel publicó en
 marzo de 2022 el libro de rela-
 tos, "Magallanes entre brumas
 de recuerdos y fantasías". En
 uno de los cuentos, "Sueño de
 una tarde de invierno", el au-
 tor sitúa la acción en junio de
 1954, cuando en compañía de
 una hermosa joven llamada
 Svlethiana se dirige a la laguna
 de patinar que Gligo denomina
 del "Regimiento Pudeto". Al
 unísono nos describe el ambie-
 nte del lugar:

"Encontrarse allí con amigas
 y amigos para convivir, hacer
 carreras, juntarse 20 o 30 pa-
 tinadores en esas colas en que
 solía ubicarme en el extremo
 inverso al que picaba para to-
 mar velocidad, y competir pa-
 tinando para atrás". A medida
 que se hacían más frecuentes
 las visitas a la laguna, la amis-
 tad con Svlethiana se transfor-
 maba en admiración y en amor:
 "Nadie se atrevía a interrumpir-

El hielo crujía al paso de
 los patines, pero yo sólo pen-
 saba en ella, en su misteriosa
 capacidad de emburjarme, de
 hacerme sentir un dios volando
 al Olimpo". El idílico momento
 se quiebra cuando ella contrae
 una grave enfermedad y Gligo
 presiente el final:

"Partió de la vida conscien-
 te mucho antes de morir. Pero
 a mí siempre me ha acompa-
 ñado. Aparece con su traje de
 cosaca rusa cuando sueño que
 estoy patinando en esa que-
 rida laguna; o cuando a veces
 miro las estrellas para ver si es
 posible que escarche, o cuando
 paseo por la Avenida Bulnes.
 Quizás Svlethiana también aún
 patina sin cesar, y quizás yo la
 estoy acompañando entre los
 cirros australes de un atardecer
 magallánico".

Esperando el invierno

Como sabemos, durante su
 permanencia en Magallanes,
 que abarcó casi dos décadas,
 (1926-1944) el general de Ejér-
 cito Ramón Cañas Montalva
 implementó varias iniciativas
 culturales tendientes a vincular
 a las fuerzas armadas con la
 sociedad civil.

A la creación de un zoológico
 al interior del regimiento Pu-
 deto, se agregó la conforma-
 ción de la banda musical de esa
 unidad militar, la exhibición
 regular de películas, de exposi-
 ciones pictóricas y fotográficas,
 la implementación de ciclos de
 charlas y conferencias dictadas
 por profesores y especialistas.

En más de una oportunidad,
 el general había sugerido que
 la laguna de patinar podía ser-
 vir como entorno natural para
 la conmemoración de actos
 patrióticos. El oficial pensaba
 realizar grandes eventos artís-
 ticos, con la participación de
 civiles y militares. Sus ideas
 fueron retomadas por la Ilus-
 tre Municipalidad de Magalla-

nes en los años 50, cuando los
 regidores de la época, princi-
 palmente, debido al repentino
 crecimiento de la población de
 Punta Arenas producto de la
 aplicación de la ley N°12.008 o
 de puerto libre, que trajo una
 masiva migración desde Chiloé
 y del sur del país, decidieron
 recuperar la idea de los carna-
 vales y disfraces, característi-
 cos como forma de celebración
 popular de la ciudad, a fines del
 siglo XIX y comienzos del XX.

Las autoridades concibieron
 celebrar la llegada del inver-
 ño con una gran demostración
 en la laguna y aunque siempre
 existieron esporádicos eventos
 en torno al humedal, supone-
 mos que 1958 marcó el pun-
 to de partida de esta actividad
 que se repitió anualmente, por
 lo menos hasta 1969 cuando el
 club Andino auspició el festi-
 val folclórico de la Patagonia y
 las llamadas fiestas de la nieve,
 que consideraba la elección de
 una reina.

El evento se denominaba
 "Gran festival de hielo", la or-
 ganización se le encomendaba
 al Regimiento Pudeto. Se ela-
 boraba un programa de activi-
 dades que consultaba un parti-
 do de hockey entre los equipos
 del Pudeto y de infantería de
 marina Cochrane. A continua-
 ción, se efectuaban carreras en
 patines para niños menores de
 14 años y una competencia de
 trineos en 100 metros para me-
 nores. Después venían las ca-
 rreras reservadas a los adultos
 que consistía en dar una vuelta
 completa a la laguna. Más tar-
 de, damas y varones realizaban
 sus pruebas de destreza en el
 hielo, las que culminaban con
 la difícil prueba de saltos con
 obstáculos.

Todos los años, el batallón de
 infantería de marina Cochrane
 se lucía consumando un jue-
 go de haces de luces con sus
 reflectores, mientras la banda
 instrumental del regimiento
 Pudeto amenizaba la jornada
 interpretando marchas mili-
 tares e himnos alusivos al in-
 vierno. Se entregaban distintos
 premios a los ganadores.

Para refrendar lo que señala-
 mos, hace quince años, "El Ma-
 gallanes en su edición del 14 de
 junio de 2009 recordaba estas
 festividades con un titular que
 decía: "Una tradición perdida.
 Patinaje en laguna del Pudeto".
 Después de hacer hincapié en
 que hacía seis años que no se
 congelaba, la nota indicaba:

"Cada apertura de la tempo-
 rada de patinaje era acompa-
 ñada de una ceremonia cívico-
 militar, que le daba un sello
 especial a la actividad invernal.
 Incluso, se habilitaba una cafe-
 tería para combatir el frío".